

EL SIERVO DESPIADADO

(MT 18,21-35)

“Perdonar hasta setenta veces siete”



Estimados amigos de la Biblia.

Saludos.

Inicio el comentario bíblico de la parábola del “Siervo despiadado”, que yo prefiero titular del “Siervo perdonado pero despiadado”. Comenzamos.

HABLAMOS DE PERDÓN

El tema central del texto es el perdón o, si se prefiere, la compasión y la misericordia. ¡Van tan juntos! No hay perdón sin compasión y misericordia.

La narración se inicia con la iniciativa de uno de los discípulos de Jesús, Pedro, que acercándose a Jesús le pregunta:

Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano las ofensas que me haga? ¿Hasta siete veces?

La pregunta es muy oportuna y conecta con nuestra vida. Quien más quien menos, todos tenemos la experiencia de alguien:

esposo, esposa, hijo, amigo... que tiene como muletilla aquello de: "Oye, perdona". Está bien, y lo aceptamos, pero cuando la persona incide una y otra vez en lo mismo, empezamos a cansarnos.

Si es algo de poca importancia: que es un distraído, que se olvida de las cosas, que se duerme en cualquier lugar..., pase; pero cuando se trata de algo más serio: que a cada poco pierde el trabajo, de una infidelidad conyugal, de un maltrato físico o cualquier otra cosa grave y difícil de aceptar llega un momento en que soltamos eso de: "Sí, tú mucho pedir perdón, pero no cambias y todo sigue igual. ¿De qué sirve que me pidas perdón mil veces?"

Y tenemos razón, pues es legítimo exigir al otro esfuerzo por superar aquello que dificulta la relación. Pero sin negar esto, el texto nos lleva a un "más allá" que es esencial para los cristianos.

El significado literal de perdonar siete veces, como dice Pedro, implica hacerlo una y otra vez hasta llegar a siete, pero el sentido del número siete en la Biblia es otro: perfección o plenitud, por lo que, la pregunta de Pedro ya apunta, por sí misma, a que hay que perdonar sin límite, es decir, siempre, lo que a nosotros nos puede parecer exagerado por varios motivos:

- Porque da la impresión de debilidad.*
- Porque si perdono siempre el otro va a pensar que soy tonto, va a seguir igual y se va a aprovechar de mí.*
- Porque además de perdonar lo lógico es exigir un cambio.*
- Porque yo también tengo mi dignidad y mis derechos. No puedo dejar que me pisoteen o se rían de mí.*

En definitiva, pensamos que después de perdonar diversas veces hay que ponerse serio, marcar un límite y tomar medidas. Nada a objetar, pero sin olvidar otro elemento que no solemos considerar: LA FUERZA QUE TIENE EL PERDÓN, COMO EXPRESIÓN DE AMOR, PARA CAMBIAR A LAS PERSONAS, cambio que no tiene por qué ser a corto plazo, como podemos imaginar.

Hemos dicho "como expresión de amor", porque muchas veces nuestro "vale, te perdono", "bueno, pero no vuelvas a hacerlo más", son frases para salir del paso o evitar problemas mayores, pero que

nos dejan un resquemor interior y una insatisfacción que van aumentando según pasa el tiempo y se repiten los problemas.

La respuesta de Jesús a la pregunta de Pedro es: “NO TE DIGO HASTA SIETE VECES, SINO HASTA SETENTA VECES SIETE”. Solemos entender esta expresión como que hay que perdonar siempre, y es verdad, pero a eso ya se había referido Pedro. Lo que Jesús dice es mucho más: “Hay que perdonar siempre, hasta el infinito si fuera el caso”, es decir, del mismo modo como perdona Dios. Porque el “hasta siete veces”, siempre implica un límite, mientras que el “hasta setenta veces siete” abre a un horizonte de perdón infinito.

¿Por qué Jesús dice eso? ¿No bastaba con lo que dijo Pedro? Nosotros, al hablar de perdón queremos tener un criterio o una referencia que sea práctica y defina “¡CUÁNTAS VECES!”, mientras que Jesús quiere hacernos ver CÓMO ES Y CÓMO FUNCIONA EL CORAZÓN DE DIOS con nosotros: sin límite, de modo que viendo cómo actúa Dios no nos quedemos indiferentes, sino que nos dejemos alcanzar y transformar por su amor para llegar a ser como es Él. En teoría al menos, porque la parábola de Jesús nos va a mostrar que no siempre sucede así.

UN REY PODEROSO, MISERICORDIOSO Y JUSTO

En su parábola Jesús habla de la relación de un rey con uno de sus empleados. Por el motivo que sea: problemas, carencias, préstamos o ayudas, la deuda del siervo para con él ha crecido tanto que ha llegado a ser impagable. ¡Nunca le podrá devolver todo lo que le debe!

Algo parecido ha sucedido también con sus otros empleados, pues con todos “quiso ajustar sus cuentas”. Aunque no lo dice de forma explícita, se desprende del texto que la actitud de este rey para con sus siervos ha sido de atención a sus necesidades y de disposición a ayudarles, un modo de ser poco o nada común entre los poderosos y entre los humanos en general, pero muy propio de Dios, a quien representa la figura del rey.

Este rey es PODEROSO ante sus siervos, pero también COMPASIVO y MISERICORDIOSO porque les ayuda, y JUSTO porque se dispone a ajustar cuentas con ellos. No hay contradicción entre estas tres cualidades, aunque nos lo pueda parecer, sino que se completan.

UNA RELACIÓN DE JUSTICIA

La parábola se centra en uno de estos empleados que parece haber sido especialmente beneficiado por el rey al punto de acumular una deuda que supera su capacidad de pagarla. Hasta que un día este se dirige a él y le pide: “devuélveme lo que me debes”. Con su gesto, el rey no hace más que exigir lo que es suyo, y al no tener el empleado con qué pagar, manda embargar y vender todos sus bienes, incluido él mismo, su esposa e hijos.

No se extrañe el lector de esto porque en la época había esclavos y una forma de llegar a serlo era no poder pagar las propias deudas. Cuando esto sucedía, se hacía algo semejante a lo que se hace hoy: embargar y vender los bienes del deudor para pagar a los acreedores, con la diferencia de que ahora no vendemos a las personas. Era una solución dura, pero legítima a nivel de justicia, para preservar los derechos del prestamista.

UNA RELACIÓN DE MISERICORDIA

Apuradísimo ante las dramáticas consecuencias que esta decisión tendrá para él y su familia, y sin ningún derecho o argumento a su favor, el empleado apela al único recurso que le queda: LA MISERICORDIA DE SU SEÑOR, que conoce bien:

Se echó a sus pies y le suplicó: “Dame un plazo y te lo pagaré todo.”

¡No es verdad! No lo hará porque la desproporción entre lo que debe y lo que podría conseguir es tal que NO LA PODRÁ PAGAR NUNCA, pero si el señor accede a su pedido ganará tiempo y podrá hacer algo para, al menos, salvar a su familia de la esclavitud.

Pero el rey no le concede el tiempo que le pide, sino mucho, muchísimo más, algo que no ha solicitado y ni siquiera podía haberse imaginado: EL PERDÓN TOTAL DE LA DEUDA. ¿Por qué lo hace? El texto lo deja muy claro: porque “SE COMPADECIÓ DE ÉL”. Ya se había compadecido muchas veces ayudándole de múltiples formas hasta llegar a la situación actual y ahora, cuando no puede pagar, no le amplía el plazo para hacerlo, como le pide, sino que le concede algo inaudito: la cancelación total de su débito. Al hacerlo, el rey abandona la relación de justicia con su empleado para establecer con él una RELACIÓN DE COMPASIÓN Y MISERICORDIA, la

misma que ya había mantenido con él al ayudarlo, pero ahora añadiendo el PERDÓN.

Nos preguntamos: ¿qué expresan o de qué son signo la compasión, la misericordia y el perdón? La respuesta es clara: del AMOR. Este rey ama a su empleado al punto de dejar de lado sus derechos. Es lo que ha hecho siempre ayudándole en todo lo que necesitó y hace ahora al concederle lo que ni ha pedido ni sospechó que le concediera: el perdón absoluto de su deuda.

La relación que este rey ha establecido con su empleado no ha sido, ni lo es ahora, de poder (que lo tiene) ni de justicia (aunque tiene todo el derecho), sino de amor: amor que salva, a él y a su familia, de vivir el resto de sus días como esclavos.

¿CÓMO ES EL CORAZÓN HUMANO...?

Pongámonos en el lugar del siervo perdonado y preguntémosnos: ¿que suscita en el corazón humano una experiencia de perdón así? Sin duda agradecimiento, una alegría enorme al verse libre de la amenaza que se cernía sobre él y deseo de pagar a tan gran bienhechor con la misma moneda: "AMOR CON AMOR SE PAGA" y de agradecerle con un comportamiento acorde, pero no fue eso lo que sucedió:

Al salir, se encontró con uno de sus compañeros que le debía un poco de dinero. Lo agarró por el cuello y le dijo: "¡Paga lo que debes!" El compañero se echó a sus pies y le suplicó: "¡Dame un plazo y te lo pagaré!" Pero él no quiso, sino que fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara la deuda.

Se repite la primera escena, ahora entre el empleado perdonado y un compañero suyo, pero con una gran diferencia: que la respuesta de aquel a la súplica de este no es la misericordia, sino la cárcel, sin ninguna consideración por las consecuencias que esta decisión tendrá para él y su familia.

Así como el rey con él, este hombre tiene derecho a exigir el pago de la deuda pero, habiendo sido perdonado en algo tan grande, ¿no debería él haber hecho lo mismo con su compañero? Es lo que nos sale pensar, lo que piensan sus compañeros y lo que el rey le dirá después:

Malvado, te he perdonado toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero como yo me compadecí de tí?

Este hombre no se ha dejado alcanzar por el amor de su rey sino que lo ha rechazado como criterio de vida, lo que suscita la reacción de sus compañeros que, muy disgustados, “fueron a contar a su señor todo lo que había pasado”.

Ante lo sucedido, el rey le retira su misericordia y vuelve a tratarle desde la justicia, haciendo valer y exigiendo sus derechos: “lo entregó a los verdugos hasta que pagase la deuda”.

CAMINO DE IDA Y VUELTA

El rey es imagen de Dios. Nuestra deuda para con él es impagable, pues todo lo que somos y tenemos es don suyo y se lo debemos a él. ¿Quién puede retribuir a Dios por la vida, la familia o el ambiente social, cultural y religioso en el que hemos crecido? ¿Quién por su compasión, misericordia y perdón ante nuestra torpeza, orgullo, infidelidad y pecado?

Si Dios quisiera cobrarnos todo lo que le debemos no tendríamos cómo hacerlo. Y no serviría de nada pedirle más tiempo, por más empeño que pusiéramos. Como al siervo, solo nos queda suplicar su compasión, misericordia y perdón.

Pero la compasión, la misericordia y el perdón, nos viene a decir la segunda parte del texto, no es camino solo de ida: de Dios hacia nosotros, sino también de vuelta: de nosotros hacia los demás. Y eso, no por norma u obligación, sino POR LA INMENSA FUERZA TRANSFORMADORA DEL AMOR: amados, no nos queda sino amar; compadecidos no nos queda sino compadecer; perdonados, no nos queda sino perdonar. Amar y perdonar a los demás, como Dios ha hecho con nosotros, es nuestra única respuesta posible, la única digna del amor de Dios.

Si no caemos en la cuenta de ello, si nos cerramos y no nos dejamos transformar por su amor, entonces Dios volverá atrás y utilizará con nosotros nuestro mismo lenguaje, ya que no hemos entendido el suyo, y a actuar a nuestro modo, ya que no hemos aprendido a actuar al suyo. Nos rebajará de nivel y nos hará probar nuestra propia medicina. No por venganza, sino como

pedagogía: para que aprendamos, esta vez a base de sufrir, lo que no hemos sabido aprender a base de amor. Todo ello para que, humillados y humildes, volvamos a suplicar su perdón, que nos concederá, y transformados por él, vivamos como él con nuestro prójimo. Dios nunca desiste de nosotros.

CONCLUSIÓN

Piensa un poco, querido lector, en la actitud que han tenido contigo algunas personas, las que más te han querido, a lo largo de los años. Piensa también en la que tú has tenido o tienes con los tuyos. Elévate después a Dios y contempla su compasión, misericordia y perdón para contigo, expresión de su amor. ¿Puedes tú, ahora, actuar de otro modo? ¡Ojalá!, antes o después, la fuerza del amor de Dios triunfe en ti y en cada uno de nosotros.

¡Qué grande es Dios y qué pequeños somos nosotros! Reconocerlo nos hace humildes, nos impulsa y eleva, porque nuestro horizonte es Él. Su voluntad salvífica quiere que seamos y vivamos como él, a la medida de su amor infinito. Tu destino, querido amigo, es participar de la misma vida de Dios.

Animados por lo que vamos descubriendo, seguimos adelante con nuestra lectura comentada de la Biblia.

¡Hasta pronto!

Carlos Rey - SDB